

de tus pasiones te ensordece. Desciende á tu corazón, allí habita y allí te hablará con mas intimidad; pero tú no puedes oírle, porque siempre andas huyendo de tí mismo. Sus incesantes dones te indican la mano de donde vienen; esa vida en que te desconoces te prueba su amor, pues que te la conserva. Tú duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal; pero olvidando la mano protectora que te sostiene, te entregas á los delirios de sueños engañosos que te halagan con tan falsas ilusiones.

Una flor te interesa, la amenidad de un campo te complace, todo lo ingenioso te admira, todo lo hermoso te agrada, y tú atento y curioso todo lo reconoces, todo lo examinas; lo único que se te esconde, es el gran poder que ha sabido criarlo. Parece que la misma hermosura de los objetos es el velo que te encubre la mano que los hizo; porque detenido en el embeleso con que los gozas, te olvidas de su autor: la luz que debía alumbrarte es la que mas te ciega; fijas los ojos en los beneficios y nunca los levantas para reconocer al bienhechor. ¡Deplorable mortal! tú no ves mas que fantasmas, y sola la verdad te parece ilusion.

¡Desdichado de tí! pues esclavo de tus errores y abandonado á tus sentidos, vives sin Dios, sin esperanzas ni consuelos. ¡Oh Dios mio! ¡dulce Dios! ¡dichoso únicamente el que te adora y busca! ¡Mas dichoso el que te halla, cuando tu blanda mano enjuga su amoroso llanto y le llena el pecho de ardores fervorosos! ¡Pero cuál será aquel dia sin noche en que tu luz indeficiente brille á nuestros ojos é inunde nuestros corazones con el torrente de sus delicias inefables? ¡Dios de bondad! mis entrañas se estremecen con tan sublimes esperanzas, y mi alma exclama en el ardor de sus deseos: ¡quién como tú, Dios mio!

Tú, Señor, me has inspirado á hablar de tí y de las riquezas de tu gracia; tú sueles mostrar el poder de tu influjo en la debilidad del instrumento; tú sabes el motivo que dió impulso á mi celo; péntrame pues de tu ardor divino; préstame tu auxilio para que pueda mostrar tu luz á los ojos débiles que se deslumbran con los mismos resplandores de la fe, para que desangañe á los incautos, que con afán inútil y penoso buscan una felicidad que no pueden hallar fuera de tí, y para que descubra á todos la abundancia, la soledad y la dulzura que encerró tu bondad en los tesoros de la santa religion.



## CARTA I.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mio: Apenas llegué á esta casa despues de una muy larga ausencia, cuando me entregaron una carta tuya muy aturada. (Qué vivas y diferentes impresiones ha producido en mi corazón! ¡Cuántos recuerdos tiernos! pero ¡ay! cuántas memorias dolorosas! Si, las sises de nuestra dulce amistad, tan antiguas como nuestra cristianidad, me han despertado las sensaciones mas dulces y caritativas. ¡Oh! qué cruces y voraces han sido los recuerdos de mi corazón con la memoria de tantos años como hemos malogrado, ocupándonos en delitos, cuyo recuerdo me causa horror, y de que quisiera verte tan arrependido como yo lo estoy!

Este estilo debe parecerse muy extraño, y quizá pasará la primera sorpresa, te reírás, me creerás en delirio y me verás con lástima. No esperabas seguramente que te hablase así el cómplice, el compañero y aun caudillo de nuestra desordenada conducta. Digo el caudillo, porque aunque todos los amigos que formábamos nuestra desenfrenada sociedad hemos vivido hasta aquí sin regla ni razon, habiendo perdido toda idea de religion, todo temor de Dios, y sin pensar mas que en satisfacer á nuestras pasiones y sentidos; debo confesar que Manuel y yo éramos los peores entre todos, y los dos éramos, digámoslo así, las cabezas de la banda; éramos los mas fecundos en inventar ideas detestables, que cuando eran mas delincentes nos parecian mas deliciosas; en fin, éramos los mas impíos, los mas disolutos y atrevidos, que proponiamos, alentábamos y haciamos ejecutar los mas horroresos y execrables excesos.

¡Cuánto debe sorprenderte que este hombre, tu amigo desde la niñez, que conoces tanto, que has sido testigo y casi discípulo de su disolucion y su impiedad, que ahora tres meses te persigue para acabar de corromperte y ora el mismo escudado de los que lo conocian, pueda en tan corto intervalo haberse mudado tanto, que se atreva á escribirte en un lenguaje, que á no ser tan serio seria ridi-

culo, y que aun puede parecerse tal porque todavía estás embriagado con las falsas daluznas del mundo y sus errores!

Pero ¡ay, amigo! en el corto intervalo de estos tres meses, en que tú me has visto, yo he visto mucho, yo he oido mucho. He corrido países inmensos; he viajado por tierras dilatadas; he atravesado abismos desconocidos; he descendido al infierno; he subido al cielo, y por fin he bajado por las inmensurables regiones que empiezan con el tiempo y acaban por esconderse en la eternidad. Teodoro mio, ¡cuántas cosas he aprendido que ignoraba! ¡de cuántos errores he salido! ¡cuántas ilusiones y extravíos de mi espíritu se han disipado! ¡cuántas tinieblas que me tenían ciega el alma, han desaparecido! ¡cuántas nuevas verdades he visto! Yo me figuro hallarme como un hombre que despues de haber pasado una larga vida en una oscura caverna donde no penetraba luz ninguna, sale de repente á ver al sol. ¡Ah, Teodoro! si supieras por qué medios, por qué vias me ha conducido la Providencia á esta region de luz y felicidad que me era tan desconocida, ¡cómo admiraras las divinas misericordias, y cómo podrías ser que á pesar de la oscuridad en que vives, quisieras aprovecharte de ellas!

Pero, amigo, no te considero ahora en estado de entender, y menos de gustar la mayor parte de las verdades saludables con que se ha dignado el cielo ilustrarme; espero que algún dia llegue el momento de piedad que te reserva. Cuando su bondad se ha compadecido de mí, el peor de los hombres, espero alcanzará tambien á tu oscuridad, meo malo que el mio; pero mientras llega esta dia de misericordia que yo imploré en tu favor, quiero proponerte una verdad sola, porque es mas proporcional á tu situacion y mas conforme al deseo inquieto con que nos aguiamos para ser felices: si, Teodoro, tú, Manuel, yo, que somos compatriotas nuestra sociedad, y cuantos hombres elegidos os esclavos de sus pasiones, no buscan la satisfaccion que pro-

dosen los placeres sino porque imaginan hallar en ella la felicidad. ¡Pero cuánto se engañan! y qué prueba mayor que nosotros mismos!

Nosotros hemos nacido con espíritus vivos, con corraones sensibles y capaces de fuertes impresiones. La naturaleza nos dota de un sentimiento distinguido, grandes riquezas, y todos los medios que facilitan en el mundo el goce de sus delicias y placeres. Creímos que jóvenes, ricos, estimados y pudiendo satisfacer todos nuestros gustos, debíamos llegar al colmo de la humana dicha. Nada nos ha faltado, ni nombre lustre, ni salud robusta, ni libertad, ni fuerza, ni dinero, ni cuantos atractivos pueden contribuir á hacer mas agradables las lisonjas del mundo.

Para que nada se opusiera á nuestro deseo de gozar, supimos con valor intrépido adoptar esta filosofía temeraria, que para desprenderse de toda inquietud, sacada sin temor las pocas ideas de una religion que regularmente se aprende muy mal en la primera infancia, y por consiguiente apartábamos nuestra vista de una vida futura, y sacudíamos el freno saludable de un Dios justiciero. Consideráramos los males venideros como mentidas ilusiones y los bienes presentes como los solos estimables. En fin, desahuciado todos los lazos y soltando todas las cadenas, no pensábamos mas que en llenar los dias y las noches con los falsos placeres del momento, y á trueque de gustar de sus delicias, atropelláramos todos los estímulos de la justicia y de la razon.

Entremos pues en cuenta con nosotros mismos y consultemos nuestra larga experiencia. Yo he pasado ya la mayor parte de mi vida, y tú mas gran parte de la tuya; uno y otro no la hemos consumido sino en buscar esta felicidad tan anhelada en la abundancia de gozos y placeres. Además de los medios naturales con que nos han favorecido la naturaleza y la fortuna, además del esfuerzo que hicimos para desprendernos de toda idea de Dios y de justicia, nacimos uno y otro con pasiones vehementes para gustarnos, y debemos confesar que pocos hombres tan podido disfrutarlos ni tan abundantes ni tan exquisitos.

Acredítate cuántas veces en la embriaguez de nuestro corazón y para que ninguna amargura no se pudiese turbar, blasfemando decíamos los unos á los otros: No hay Dios; si lo hay, ¡qué le puede importar el que sus criaturas se diviertan! Todas las religiones son invenciones humanas, artificios de impostores que han sabido alucinar con ellas á los pueblos, para dominar á los fatuos. Acuérdate como estas ideas, que nacieron fácilmente en un corazón amante del placer, porque quiere gozarse sin zozobra, se fortalecieron en nosotros con la lectura de los filósofos del día; sobre todo con la del irracional Voltaire, candidato de la religion y la causa mas principal de perversidad de nuestro siglo con la propagacion de la impiedad y de los vicios.

Así pues, si los placeres fueran el camino de encontrar la felicidad, pocos mortales habrían podido hallarla con tanta facilidad como nosotros; ninguno tendría mas derecho para ser y llamarse feliz. Querido Teodoro, tú no puedes estar mejor que yo; pues bien, ahora te preguntan: ¿Has sido, eres feliz? Yo me lo he preguntado á mí mismo muchas veces, y mi corazón siempre me ha respondido: no; ni lo soy ni nunca lo fuí. Por el contrario, ¡cuántas veces me ha dicho: Los que desde su ociosidad

admiraron el resplandor de mi opulencia, la suntuosidad de mi palacio, la riqueza de mis muebles, la abundancia de mi mesa y la incesante variedad de mis diversiones, me llaman un mortal dichoso; pero ¡ay! el tranquilo artesano que siente estreñecer su taller humilde con el rápido y tempestuoso estrepito de mi coche dorado, está muy lejos de pensar que yo soy mas feliz que él!

Entonces, amigo mío, yo no podia conocer por qué los placeres del mundo, lejos de consentir al alma, producen en ella este vacío que la disgusta y tantas displacencias que la fastidian; pero ahora conozco que este es un favor especial del cielo. Dios ha dispuesto por un orden justo de su sabiduría, que cuando él no reina en nuestro corazón y este se abandona á la tiranía de sus turbulentas y desatregadas pasiones, él mismo sea nuestro mas implacable enemigo y el mas continuo perturbador de nuestros fútiles placeres.

Esto es un efecto de su misericordia; porque mientras no llega el día del irrevocable decreto y castigo con la vida deja abierta la puerta al arrepentimiento y al perdón, las amarguras que vierten sobre los placeres del incesante que lo desconoce y olvida, no son los tormentos de un juez que condena al delincente; son si las duras diligencias que el padre, que pesamos de nuestra pécara, oprimen á todo lo que no es él, que nos despierta de sí para arrojarnos en su seno con los esfuerzos de su amigo que hace inútil nuestro intento de ser dichosos leyendo de su bondad, para obligarnos por este medio á reconocer que solo Dios puede llenar un corazón tan grande como el que él mismo ha dado al hombre.

Así, Teodoro, tú te engañas á tí mismo si quieres persuadirte que eres feliz. Todo lo que hay en tí, todo lo que pasa cerca de tí, todo lo que sientes te debo convencer de que esta felicidad que quisieras, aparentemente, es el delirio de las ilusiones que te engañan; que correrás tras ellas sin jamás alcanzarlas; que la dicha que esperas mañana, será tan frívola y amarga como la que sientes hoy. Tú fueras el primero desde la creacion del mundo que hubiera conciliado la paz y el reposo del corazón con el desorden de las pasiones y el abandono de la virtud.

Salomon habia gozado de mas delicias que tú podrías nunca disfrutar; monarca sabio y poderoso, pasó por todos los grados de la grandeza humana, gozó de todo sin que hubiese placer nuevo para su corazón, y dejó escrito (1): *El que sacude el yugo del deber y de la regla, es infeliz*. El mismo Salomon derramando su vista sobre la historia de su reinado y de su gloria, de su magnificencia y sus placeres, exclama con tono dolorido (2): *que todo es vanidad, tormento y afliccion del espíritu que todos los tronos de la tierra no pueden dar una felicidad comparable al amor y posesion de la virtud*.

Examina bien, Teodoro, el carácter, la especie y la naturaleza de esta felicidad que padece procurando la satisfaccion de sus pasiones, y hallarás que para gozarse necesita de atormentar y huir de sí mismo. ¡Triste felicidad! El corazón virtuoso para estar contento no ha menester tanto esfuerzo, tanta distraccion y movimiento. Muy desdichado es el que no sabe adónde volverse para descargarse del peso insostenible de sí mismo.

(1) *Sep. III, 11.*(2) *Ecl. II, 11.*

Solo puede ser feliz el que en sí mismo lleva el manantial de sus placeres; el que sin deseos que le inquieten ni remordimientos que le afligjan, goza de una tranquilidad dulce y profunda, que le permite divertirse con las recreaciones mas simples é inocentes. No son los objetos exteriores los que dan á su corazón la dulce y apacible serenidad que se manifiesta en su semblante y sus discursos; es su corazón mismo el que dirigido por Dios adorna todo lo que le rodea, imprimiéndole á cuanto dice y hace la hermosura y riqueza de su propio fondo.

Por el contrario, los idolátras del mundo y sus placeres, como están desprovistos de fuerzas y pueden venir es por de fuera; por eso sus deseos son tan impacientes y apasionados, sin que jamás los sepan moderar. Todo lo solicitan con ansia, todo lo anhelan con furor. Su corazón no se pára hasta que todo lo devora y se desahoga. Su ardor es impetuoso hasta en su reposo y su silencio. Nada les define hasta que llegan al extremo y que no pueden ir mas adelante. Sus fiestas son confusas y estruendos, porque necesitan de una alegre loca y tumultuosa y una alma desordenada ha menester poner mucha violencia en todos sus movimientos para distraerse de la vista y de la vergüenza de su propio interior.

Muy infeliz es el que emplea precauciones tan extrañas para coardarse á sus mismos ojos; muy enfermo está el que recurre á medios tan violentos para ver su corazón. Si esta es la dicha que puede dar el mundo, es necesario huirlo y temblar de ser feliz. El hombre pacífico y modesto que nunca ha conocido los favores de la fortuna, no pudiera tener mayor desgracia que perder la dulce felicidad de que goza con adquirir la opulencia y miserias de los poderosos del siglo.

Esto es muy claro, Teodoro; y si tú hasta ahora no has conocido la triste suerte de los que se llaman dichosos en el mundo; si hasta ahora no has conocido ni te has lastimado la tuya propia, es porque hasta ahora no has probado otro estado mas dulce; es porque imaginas que tus males personales son una inevitable imperfeccion de la naturaleza. Creyéndote incurable, no buscas los medios de curarte, y la costumbre de vivir y agitarte en la puerilidad de las pasiones te ha engañado de manera que no ves la posibilidad de vivir sin ellas.

Esto era lo que por mí pasaba, y ni siquiera apercebía la degradacion extrema á que el desorden de los sentidos reduce á la razon. Yo juzgaba de todo con ligereza y sin discernimiento. Nada pensaba, nada prevenia, nada consideraba y era continuamente víctima de una inconstancia que no me era posible contener. El reposo y el trabajo me eran igualmente fastidiosos. Me embarazaban todos los instantes que componian la duracion de mi existencia. Mi alma divagaba en un tropel de proyectos quiméricos, de ideas extravagantes.

Mi vida pública era un estudio continuo de vanidades y delirios, un papel fastidioso de ostentacion y orgullo, un afán importuno de ocultar con adornos brillantes mi vergonzosa corrupcion, dando un colorido de dignidad y de decencia á la bejiza de mis vicios. Mi vida privada se ocupaba toda en las convulsiones de la envidia, en las tinieblas de una melancolía y del mal humor, é en las agitaciones de una paciencia imperiosa y violenta, que me hacía

intolerable hasta á mis propios dependientes. Mis criados estaban condenados á soportar las erupciones del volcan inflamado que devoraba el corazón, de modo que yo era el escudado y el suplicio de cuantos habitaban en mi casa.

Ve aquí mi retrato, querido; y temo en parte sea tambien el tuyo. No es mucho que se parezcan los efectos cuando son tan parecidas las causas. Examínale bien, y si hallas que en efecto se te parece, considera si es hermoso, si es digno de tí, si es digno de un filósofo y de un hombre. ¡Oh virtud! ¡qué no pierdes el que abandona ó no conoce tus caminos cómodos y derechos! ¡Oh Teodoro! ¡mucho desahoga en la vileza del vicio y morir sin haber gustado una vez las dulzuras de la virtud!

Pero aun hay mas; porque ¡quién puede responderlo de que enviejéste! ¡quién puede determinar el intervalo que separa el momento de tu último suspiro! ¡Ay, amigo! aquí teo una circunstancia de la vida humana que es la que mas consistirá á los que se abandonan á sus gustos. Pero ¡por qué la filosofía que tanto promete y tanto promete, no alcanza con sus sofismas á presentar menos terribles perspectivas imagen de la muerte! ¡por qué no sabe consolarlos de la triste necesidad de bajar al sepulcro en breve tiempo! y qué puede valer una felicidad que nos abandona en la situacion mas importante de la vida, haciéndonos aborrecer un término de que ninguna fuerza nos puede libertar!

¡Oh muerte! ¡qué amarga es tu memoria al que no posee su esperanza sino en los tesoros y placeres! Por mas que se haga sordo, la importunidad de tu voz amarga, de tu grito terrible penetra hasta su corazón y le hace estreñecer en medio de sus contentos delincentes. No da un paso sin ver los espantosos atributos de tu virulenta destructora, sin hollar las victimas con que cubres el globo y que la justicia divina entrega á tu insaciable saña.

Dime, Teodoro: ¿no oyes algunas veces esos susurros melancólicos que desde las torres de los templos se escuchan en los aires y cuya severa majestad domina sobre el tráfico confuso del ruido y los negocios de los hombres? ¡Ay, amigo! si los oyes, no te distraigas del horror saludable que producen. Ellos se hacen entender con accents eficaces y hablan con estilo poderoso al alma que censura todavía un resto de su primitiva elevacion. Sin impresion de terror y tristeza en un corazón que aun no está muerto, es un indicio de que puede volver á la virtud; es el crepúsculo de la religion, que quiere amanecer y derramar en él todas sus luces.

Observa como estos mensajes de muerte que nos vienen continuamente del santuario, nos refieren con su triste elocuencia la fragilidad y la inconstancia de la vida. ¡Con qué fuerza y dignidad publican la eterna inmovilidad de este Dios inmutable, que ve, deja pasar y sobrevive á todo lo que existe! ¡de este Dios que nunca se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que su brazo agita, altera y descomponen al universo! ¡Quién, señor, es semejante! ¡quién tiene la fuerza de existir y durar, que da un carácter tan pavoroso á la sentencia de muerte que pronuncia contra los hijos de los hombres, y produce una idea tan formidable de la espantosa entrevista que cada uno de ellos debe tener con vos al instante que exhale el último suspiro!

Si, Teodoro, todo se desvaneció, todo pasa. El tiempo devorador, con su paso tanto pero seguro, ha destruido hasta las ruinas de los tiempos, ha borrado hasta los vestigios de los monumentos de su gloria; pero la duración del imperio divino, tan eterno como indestructible, no está comprendida, como la de los Estados y potencias de la tierra, en períodos que se dividan y se puedan medir. Su origen y su término se pierde en aquel mismo insostenible infinito en que se pierde nuestra imaginación cuando quiere considerar lo que había antes de que existiera el mundo, y se extienden y prolongan en la perpetuidad de la esencia divina y de su esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad absorbe y se traga la de todos los reinos y sucesos humanos, como el océano se bebe las gotas que las nubes destilan en los aires.

¿Qué se puede pensar del insensato que consume los pocos días que se le dan para vivir, en placeres frívolos y pasajeros, ofendiendo al que le dió la vida que malogra? ¿Qué nombre se le puede dar sino el de monstruo efímero y feo, que no se aparece en el mundo sino para desvanecerse en un instante, y que al paso que va cediendo á la fuerza que lo empuja al sepulcro, se atreve á insultar al poder soberano que lo erio para hacerle feliz?

¿A quién se puede comparar sino á un estúpido, que arrebatado por una corriente impetuosa, cuando va á sepultarse en los abismos tiene el increíble frenesí de atrajar y rechazar la mano benéfica que se le presenta para salvarlo de aquel riesgo? Para decirlo mejor, amigo, la ceguera de espíritu con que hemos vivido hasta aquí no se puede comparar á nada; solo Dios con su infinita luz puede apreciar la estúpida insensatez de un corazón que se estra á las luces de la religión y á los encantos de la virtud.

Bien sé que mis profanos labios, tan recientemente manchados con tantas blasfemias y delitos, no son dignos de pronunciar tan santos nombres. Tú mismo podrás hallar ridículo que al que no ha mucho te existía á los mas deslucidos horrores, te hable ahora de la religión y de la virtud; pero, amigo, no lo estrañas y admira las misericordias de Dios. Sus divinas luces han mudado mi corazón:

## CARTA II. EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mío: Tu respuesta me la consolado mucho; yo no esperaba mas que irrisiones, ironías y escarnios de tu parte. Este es el estilo ordinario de los que alfoatan el insensato valor de despreciar los remordimientos para no avergonzarse con la hejeza de sus vicios. Tú de buena fe, con mas rectitud de tu corazón y mas candor en tus labios, me confías sinceramente que á pesar de la juventud y las riquezas, que te presentan tantos medios de multiplicar tus placeres, jamás te encuentras satisfecho; que en medio de ellos sientes en tu corazón un vacío que derrama sobre tu vida un fastidio intolerable, y que no pocas veces te sorprende en el alma una inquietud que te atormenta; porque ciertos relámpagos que atraviesan rápidos por tu ima-

gination, te descubren tan porvenir, que aunque oscuro, te parece rodeado de lúgubres objetos.

Me añades que á tu pesar, y en medio de tus mismos placeres, solia turbarte la idea de una vida frágil, de una muerte cierta y de una existencia futura, que por mas que te quisieras pintártela á tu gusto y con los colores de una filosofía lisonjera, no deja de imprimírte algún terror, por la poca luz y seguridad que puede darlo la idea misma. En fin, me pides que te haga una relación fiel de lo que me ha pasado en estas tres meses de ausencia, para ver si puedes hallar dirección mas segura en la nueva carrera que yo emprendo, y si podrás acomodarte con esta felicidad de que yo me he manifestado tan gozoso.

Tres meses de reflexiones continuas y profundas, con los auxilios interiores de su divina gracia, me han inspirado mucho horror de mis desórdenes pasados. Tú podrías, Teodoro, reírte, tú podrías decir que he perdido el seso que se me ha vuelto el juicio. Esta es la ordinaria salida de los que bien hallados con su pobreza y con sus vicios, no quieren hacer un castigo para salir de tan mal estado, y cuando no pueden negar la conversión de un hombre intruído, por ocultar su propia vergüenza, atribuyen á deslidad de ánimo la nueva luz de un santo desengano.

También podrías decir que mi carácter, siempre extramado en todo, pasa súbitamente de la incredulidad al entusiasmo, del desenfreno á la devoción; en fin, tú dirías lo que quieras, pero yo te digo con toda la seriedad de que soy capaz, que he conocido nuestros deplorables errores, que estoy desengañado y en la firme resolución de consa-

grar en esta casa de campo, la menos sumosa de las misias, el poco resto de vida que me puede quedar en llorar los desórdenes de la pasada, erpiando en los brazos y con los auxilios de la religión, tanto mis innumerables excesos como lo que he inducido á que cometen otros. Aquí imploraré la piedad del cielo por tantos cuantos que arrastrados por la incredulidad y las pasiones, corren precipitados á su perdición: principalmente por tí, querido Teodoro; y por tí á quien aun tanto, por tí á quien he dado malos consejos y peores ejemplos; por tí, finalmente, cuyo excelente natural es digno de conocer la verdad y profesar la virtud.

No me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción cuyos halagos man han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolución sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazón. A Dios, querido, amigo. El te envia un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que lejos de él buscas tan en vano. Adios otra vez, Teodoro mío.

Yo me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción cuyos halagos man han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolución sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazón. A Dios, querido, amigo. El te envia un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que lejos de él buscas tan en vano. Adios otra vez, Teodoro mío.

Yo me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción cuyos halagos man han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolución sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazón. A Dios, querido, amigo. El te envia un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que lejos de él buscas tan en vano. Adios otra vez, Teodoro mío.

Yo me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción cuyos halagos man han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolución sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazón. A Dios, querido, amigo. El te envia un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que lejos de él buscas tan en vano. Adios otra vez, Teodoro mío.

Yo me vuelvas á escribir de tus diversiones y desvarios, ni de esos objetos de seducción cuyos halagos man han sido tan funestos: yo no debo acordarme de nuestra disolución sino para llorarla. Tu correspondencia me será agradable, porque siempre te amaré con la amistad mas tierna; pero no debe mezclarse en ella nada que altere la pureza en que deseo establecer mi corazón. A Dios, querido, amigo. El te envia un rayo de aquella luz con que se ha servido iluminarme, y te haga por su misericordia encontrar la verdadera felicidad que lejos de él buscas tan en vano. Adios otra vez, Teodoro mío.

Es difícil, Teodoro, reducir á método y describir con orden la historia de estos tres meses, que comprendo una innumerable multitud de ideas. Discurrir cuánto habría sido menester para arruinar de mi corazón pasiones dulces que tanto le halagaban y opiniones envejecidas que tanto le seducían; cuántos medios y esfuerzos habrán sido necesarios para que después de tanto tiempo de tinieblas y horrores, un esclavo de los vicios mas viles, abandonado de los espíritus juiciosos, despreciado de los hombres de bien y que tenía perdida su reputación un miserable, digo, que busca en la extravagancia de sus mismos excesos un funesto remedio contra el hastío que ocasionan los placeres desmedidos, haya podido abandonar tan imperiosos costumbres y reformar tan vasta una vida larga y toda consumida en los extremos de la depravación. ¡Dios eterno, qué memoria! ¡Y era tú, Señor, el que conservabas esta misma vida de que yo no me servía sino para despreciar tus avisos y ultrajar tu paciencia!

Si, Teodoro, han sido menester grandes y repetidos golpes del cielo, muchos medios gobernados por en divina Providencia, muchos esfuerzos de su misericordia, muchos auxilios interiores de su gracia, muchos exteriores en los ejemplos de la santa sociedad á que me contuju, y en las exhortaciones del sabio ministro que me depaó, para que se pudiera hacer en mí alma este trastorno, esta conversión, esta renovación total de inclinaciones y de ideas.

¿Cómo, pues, decirte todo lo que ha pasado por mí? ¿cómo explicarte el modo progresivo con que llegó á ablandarse este empedernido corazón? ¿cómo esta cabeza llena de tantas ilusiones y errores pudo poco á poco dar entrada á la luz de tantas verdades? ¿cómo un monstruo de abominación vislumbró la hermosura de la virtud? y cómo, en fin, un tenerario tan inbuido en todos los sofismas de esta moderna fatal filosofía, ha podido deponer sus falsas ilusiones, empezando á entrever la dignidad, la grandeza y la majestad de la religión?

Ya conocerás cuán difícil es este empeño; pero como puede ser útil, y quien sabe si tambien podrá serlo á alguno de los muchos que viven tan descañinados; como la resurrección del mas muerto de los hombres debe contribuir á la gloria de Dios, y como la renovación de estas ideas me dará á cada instante motivo para levantar mi corazón y repetir mis gracias al Autor de mi nueva vida... voy á emprenderlo, y como en que el mismo que convirtió mi corazón, sabrá gobernar mi mano para su gloria y para ejemplo de otros infelices como yo.

No hallarás aquí flores, sino frutos. No esperes estudio ni elección en las palabras y frases; pero hallarás sentidmientos verdaderos, y tales como los experimenté mi corazón con cada circunstancia. En vez de discursos elegantes hallarás sensaciones, y verás sus efectos; pero como son muchos, temo que su reunión será numerosa y que la historia de tres meses produzca un libro. Si así fuere, ten paciencia; mas quiero ser prolijo que diminuto, porque no pudiera callar nada sin suprimir un beneficio del cielo y una demostración de su bondad: en este caso admira en mí conversión el triunfo de la misericordia de Dios contra el corazón mas perverso. Ayúdame á darle gracias, como yo le pido que te penetre de las mismas luces, y escucha, que ya empiezo.

Ya te acordarás de la última noche en que segun nues-

tra costumbre, nos reunimos en tu casa para gozar de aquellos plácemes inflames que eran entonces nuestra única fidelidad. Harás memoria de que solo Manuel no concurrió, porque habia salido al anochecer en su coche á casa de campo. No ignoras el motivo que le conduca, que no era otro que disponer las cosas para el día siguiente, en que yo y otros queríamos ir á consumir una atroz iniquidad, con ultraje de la confianza y abuso de la inocencia; su recuerdo me llena de horror.

También debes hacer memoria, que aquella noche por la primera vez vino á tu casa aquel magnífico y brillante extranjero que fué siempre objeto de mi antipatía; siendo hombre de nacimiento, habiendo traído recomendaciones superiores y sosteniendo en su dignidad con mucho gusto y grande esplendor, fué fiel hallar entrada en las principales casas de la ciudad.

También sabes mi antipatía á su carácter arrogante, y que á pesar de las muchas insinuaciones que hizo para ser mi amigo, yo le ope siempre una cortada fría y reservada. Mi genio orgulloso no podía sufrir sus aires superiores, y me inquietaba de que hombre que no habia nacido entre nosotros, viniese á ofuscarlos; fuera de que su tono satisfecho y aire altivo no podian conlidiarse bien con la mal sufrida viveza de mi genio; pero viéndole en tu casa y admitido á nuestras mas íntimas y secretas partidas, me fué preciso disimular mi desipencia.

Nos pusimos á jugar el faron. El, segun su estilo, quería con su pretulencia avasallarlo todo; jugaba noblemente, con mucha soltura y despeje, pero con modo tan insolente, que parecia querer despreciar el juego y burlarse de los jugadores. Yo empezaba á soportar con trabajo estos aires de dominación, y en un lance en que yo tenía ventaja y reclamaba un derecho, él se atrevió á exponer su opinión contraria á mis pretensiones. Entonces el enfado me trasportó, y me arrebato no sé qué palabras duras que le dije con ceño y aspereza. Yo sentí el exceso de mi vivacidad; pero mi cólera fué mas activa que mi reflexión, y no habia remedio.

Lo singular es, que yo, que esperaba una respuesta del mismo género y me preparaba á todo, me sorprendi viendo que este hombre que parecia tan intrépido y orgulloso, se quedó parado, que no me dijo una palabra, sino bajo los ojos y continuó su juego como antes. Hice juicio que este era uno de los muchos fingimientos que andan por el mundo, á quienes su orgullo y sus riquezas inspiran arrogancia, pero que se ponen en su lugar desde que encuentran la primer resistencia, y me aplaudí en secreto de haberle salido imponente.

Se concluyó el juego después de media noche, y cuando todos bajamos la escalera para subir á nuestros coches, el extranjero se me acercó, me llama aparte y me dice: Yo extraño que el que se atreve á insultar á un hombre como yo, tendrá valor para darte satisfacción, y espero que hoy mismo al anunciar verdades á encontrarme á la puerta del arrabal, donde es estará aguardando. Yo sentí al instante todas las consecuencias de este contratiempo, que me era mas desagradable porque no podía dejar de reconocer que mi viveza y mal humor eran la verdadera causa; pero como en lances de esta especie no permite réplica el honor mundano, sino es indispensable otorgar al instante, le aseguré que me hallaría en el sitio señalado á la ho-

ra que me indicaba. Esto pasó entre nosotros sin que nadie lo percibiese.

Fuíme á mi casa y me puse en el lecho. Fatigado de mis excesos, mi cuerpo necesitaba del natural descanso; pero á pesar de que la noche precedente la había pasado en trasnochada, la importancia de mis reflexiones alejó al sueño de mis ojos. No me era posible ni descansar mis miembros ni sossegar mi espíritu. Me affligió considerar que aquel encuentro podría quitarme la proporción de ir al otro día en casa de Manuel y malograr una cesion tan deseada, tan procurada, y que era entonces el mas ardiente objeto de mis deseos.

Preveía los riesgos de un desauto en un tiempo en que el gobierno procuraba exterminarlos con la mayor severidad. No podía disimularme que el extranjero estaba bien visto y que tenía muchos amigos y valedores; me constaba la idea de que yo sin bastante motivo había sido el agresor; que mi ciega antipatía y mi mal humor eran la única causa de mi impopularidad, y que todos los que estaban en el juego eran testigos y podían deponer de mi arrojamiento y su moderación.

Estas consideraciones me tenían inquieto y desasosegado. No tenía las resultas del lance; mi superioridad en la esgrima me daba confianza en la destreza de mi brazo, pero no podía ocultarme los muchos peligros á que me exponía; y lo peor era que no había remedio, pues era indispensable aventurarse á todo. Lo único que me proponía era volverme de mi habilidad para desarmarle sin herirle, y terminar el lance de un modo que sin serle funesto me dejara con reposo y con gloria.

Fatigado mi alma con estas ideas, no hallaba un instante de descanso, y ya había pasado una gran parte de la noche. Serían las tres de la mañana cuando siento en la sala que precede á mi alcoba pasos y ruido. Este extraordinario movimiento me sorprende; llamo, y veo entrar desahogado un hombre, á quien conozco por el nombre de Manuel, ministro ordinario de nuestras iniquidades; se llega á mí, y con una voz trémula que anunciaba su terror y sollozos, me dice que su amo acababa de morir súbitamente.

¿Cómo podrá pintarse el efecto que me produjo esta terrible y no esperada nueva! Yo no podía creer ni á mis oídos ni á mis ojos. ¿Qué! he respondido con precipitación, [Manuel]—Sí, señor, me replicas acabo de verme morir tan arrebatadamente, que no ha podido decir una sola palabra. Yo mismo estaba á su lado en el coche; no había dado el menor indicio de estar malo. Lo creía dormido; pero de repente hizo un movimiento extraordinario, y este movimiento le hizo su postrer suspiro. Nuestros esfuerzos han sido vanos; no le hemos podido observar el menor aliento, y viéndole ya cadáver, los demás han seguido con el cuerpo á la casa de campo, que ya estaba cerca, y yo he venido á daros el aviso.

Me sobresaltó era tan extremo y la confusión de mis ideas tanta, que apenas podía percibir lo que escuchaba. Salto del lecho sin saber lo que hago, quiero hablar y no puedo; deso preguntarle si se informase, y no hallé cómo articular palabra. Los demás se me atropellan, de manera que las unas empujan á las otras, sin poder fijarme en ninguna; me visto precipitadamente, corro descompuesto por el cuarto, no alcanzo á profanar mis voces intermolidas y mal articuladas: [Manuel], Manuel es muerto! mi mejor

amigo! [Manuel] y estos acentos espantosos son acompañados de quejadas vagabundas y desparviadas.

Gritaba sin cesar [Manuel], Manuel ha muerto! Los dos habíamos pasado el mismo día en los horrores de la mayor disolución y nos habíamos preparado á pasar el siguiente en desórdenes aun mas execrables. Esta memoria daba á las convulsiones de mí pecho un carácter tan extravagante y feroz, que me hacía terrible á mis propios criados. Estos se esforzaban á darme algún consuelo; pero yo no veía mas que muertos y sepulcros. Los movimientos de mi respiración eran cortos y penosos, y cada uno de ellos me parecía el último.

No podía sufrir la vista de mi cuarto, ni veía en él mas que objetos pavorosos; los muros, á pesar de las ricas decoraciones que los adornaban se me representaban cubiertos de un vapor sepulcral. Este pasaje tan impensado y rápido con que Manuel salió del seno de los deleites para entrar en el abismo de la eternidad, me presentaba una imagen tan espantosa, que para sacudirla y aliviarme del horror con que me atormentaba, corría como un miserable, dando gritos que parecían aullidos, semejantes á los que pueden dar las fieras cuando acosadas por los cazadores se ven obligadas y sin camino, para evitar su plomo destructor.

Cuando mis criados me vieron en esta especie de delirio, quisieron con lágrimas y ruegos exhortarme á la moderación; pero yo estaba incapaz de escuchar un consejo. Mi primer movimiento fué volar con socorros, á ver si era posible algún remedio. El criado de Manuel me lo rogaba, los míos me lo proponían; pero la memoria del desauto y su proximidad me quitaban todos los arbitrios.

Al fin sentí la necesidad de tomar un partido. Hice un esfuerzo sobre mí, y sentídomos después de algunos momentos en que procuré calmar mi agitación, al orden á un criado de mi confianza para que tomando un coche y acompañando al de Manuel, fuesen á despertar al médico que les nombré, y le llevasen á Manuel por si era posible darle algún socorro. El criado de Manuel dudaba de la utilidad de esta diligencia, diciendo qué era tarde y que ya su amo había muerto; pero salieron ambos. Los demás empezaron á renovar sus exhortaciones, y yo que me cansaba de su presencia, con una voz que manifestaba mi autoridad y el respeto que me daban, les mandé que se fueran á me dejaran solo.

Esta fué la primera vez que consideré cuán inútiles son los socorros humanos en las cosas mas importantes de los hombres. Estos fueron los primeros terrores que experimenté mi intrépido corazón; sin darme que Dios lo preparaba para que recibiera mejor las impresiones de su luz, como espero que con la misma te ha inspirado el deseo de saber mi historia, y me da el valor de escribirle la milagrosa revolución que ha hecho en mi alma, porque ya quiero preparar la tuya. Quisá tambien la relacion de mis dias tenebrosos y de los dulces que ahora paso en el consuelo de mi arrepentimiento y de mis expiaciones, caerá en el mano de alguno que está tan seducido como yo, y lo exortará á buscar el mismo remedio á tan gran desgracia.

Luego que quedé solo cerré la puerta, y me pareció que la soledad aumentaba mi terror y desprecio. Es imposible que te diga, ni que yo mismo sepa la multitud de ideas que atravesaron mi imaginación; pero todas eran confusas,

ninguna distinguida, y sobre todo, eran lígubres y horrorosas. La que me hizo mas impresion, porque me era mas nueva, fué acordarme de un cierto pariente, que yo veía poco porque era justo y buen cristiano no me lo veía nunca sin burlarme de su religion, que yo llamaba boberia, y sin réturne de sus virtudes, que llamaba simplicidad.

Ya te puedes acordar que este hombre, á quien su inocencia y religiosa conducta debían hacer respetable, era siempre el objeto de nuestras irrisiones. Yo había trabajado muchas veces en seducirle con los sofismas de mis opiniones filosóficas, y no habiendo podido ganar nada sobre su sano juicio, le había abandonado como un hombre de cortos alcances, incapaz de salir de la esfera del vulgo; pero en aquel instante de terror, no sé por qué se presentó á mi memoria en otro aspecto. Me parece que en aquel momento hubiera sacrificado toda mi opulencia por una paz y serenidad como la suya.

¡Ay, Mariano! exclamaba en medio de las convulsiones que despedazaban mi corazón: ¡ay, Mariano! de quien me he burlado tanto: tú no eres tan desdichado como yo; tú vienes tranquilo y sin pasiones; tu inocencia no teme nada; pero yo, esclavo de mis pasiones, ya empiezo á sentir sus efectos; y estas reflexiones me arrancaban un diluvio de lágrimas. Todos mis miembros se estremecían; el dolor me forzaba á sollozos, que me hubiera avergonzado de que los oyesen los compañeros de mis delirios, y que había querido ocultar á mis propios criados á quienes fiaba todas mis riquezas.

Pero cómo podré explicarte el terror y sobresalto que sentí mi corazón cuando de repente y sin ningún precursor oí el mas formidable trueno que jamás ha llegado á mis oídos, y que tras el sin intervalo siguió otros igualmente terribles y espantosos? Esta es la famosa tempestad de aquel día de que debo hacer memoria, porque causó muchos males y grandes daños; yo no había jamás tenido temor de un fenómeno tan natural, pero la circunstancia me lo hizo parecer horrible y pavoroso. Mis órganos ya irritados y trémulos no pudieron soportar estrépito tan espantoso.

Me parecía que yo solo provocaba este desorden de la naturaleza, que el que la gobernaba apuntaba contra mi sus iras y atormentaba al cielo y á la tierra, solo para castigarme. Cada relámpago que salía del seno de las nubes y entraba á iluminar lo interior de mi cuarto, me deslumbraba, dejándome una impresion de muerte; cada trueno me parecía disparado contra mí, y me arrojaba á tierra como para pedir que me escondiera en sus entrañas; en fin, yo mismo no me conocía, y me avergonzaba de mí mismo; pero no me era posible resistir á la fuerza de estas impresiones.

Cuando la tempestad empezó á serenarse, ya el día estaba claro, y me corrí pensando que el extranjero podía ya esperarme, que tendría derecho para advertirme que llegaba tarde y cuando podía haber gentes que nos emborrazasen. Entonces abrí la puerta apresurado, tomo mi espada, me embozo en una capa que encontré por acaso en la antecala, y corro á la puerta de la calle; me la hago abrir y prevengo que no se diga á nadie mi salida, entiendo las calles de la ciudad que estaban desiertas todavía, y en el tiempo debido llevo al campo.

Ya encontré al extranjero que me esperaba. Nos se-

paramos un poco del camino, y presto llegamos al terreno que debían ser teatro del combate. Todas las ventajas que estaba por él. Yo había pasado dos noches sin dormir, y la última me tenía como enajenado y fuera de mí; con todo eso, me quedé bastante razon y sangre fría para no querer quitarle la vida. Mi ánimo era vencerle sin matarle, y si era posible sin herirle para terminar presto el combate y volver al socorro de Manuel.

Pero ¡ay! su suerte no dependió de mi mano; pues apenas me ve en postura y ya preparado á la defensa, cuando se avanza contra mí con tanta violencia, con ímpetu tan precipitado, que él mismo se embozó en mi espada sin que me fuese preciso preservarle. Lejos de que yo le atacase, me fué preciso retirar mi acero para que no quedase atravesado. Day algunos pasos atrás para entrar en conferencia, él no quiere escucharme, vuelve sobre mí con nueva furia, pero ya entonces le salía la sangre á borbotones. Con esta vista me horrorizo y me retire aun mas, pero él se avanza siempre hasta que desagrado cae en tierra. Corro á socorrerle; pero qué podía hacerle! le hablo, no me responde; le toco, y me parece muerto.

Entonces reflexiono toda la ligereza de mi conducta en no haber hecho ninguna prevención para este caso ó otro semejante; condeno mi presunción de haberme fiado tanto en mi destreza y no haber previsto lo que sucedía. Pero estas reflexiones eran ya tarde, y las mas urgentes me decían que ya el día estaba muy claro, que si me veían sería fácil conocer que yo era el autor de aquella muerte, y que me exponía al mayor riesgo. Conocía todos los inconvenientes, pero no tenía valor para dejar aquel hombre sin auxilio.

Mientras fluctuo en esta indecision, veo un paisano que venia á caballo, y al instante tomo mi partido. Me acerco á él, y diéndole mi bolsillo, le digo: Amigo, ved aquel hombre que se está desahogando; tomad este dinero, corred á socorrerle; llevadle á alguna casa donde se lo pueda curar, y tened por cierto que si lo salvais la vida, yo volveré á pagaros con liberalidad este servicio. El hombre queda sorprendido; pero yo le pongo el bolsillo en las manos, y sin esperar su respuesta me alejo de aquel sitio. No obstante, cuando estare á cierta distancia vuelvo la vista, y veo que el paisano estaba con el herido; que otro hombre se había juntado junto, y que ambos trabajaban para hacerle montar.

Entonces no me detengo mas. Conociendo cuán necesario me era no dejarme ver de nadie y alarmar de aquel sitio, me pongo á marchar con toda la celeridad que pude. No sé cómo posible volver á la ciudad, me pareció que no tenía otro partido por entonces que alejarme de ella lo mas que pudiera, hasta que me informase del estado de las cosas y para no ser visto ni encontrado por nadie, dejé el camino público y me metí en lo interior de los campos, atravesando sin senda la campaña sin mas objeto que alejarme del poblado.

Así corri muchas horas sin idea ni designio fijo, hasta que sintiendo que yo no podía mas y que mis fuerzas necesitaban de algun descanso, detuve un poco el ardor de mi fuga. Derramo la vista por todas partes y me parece estar en un desierto; solo divisó á alguna distancia un edificio, me acerco poco á poco, y con pasos ya cansados, al fin llevo ya al umbral y reconozco que es un convento que

esté solo en medio de aquel desierto. Este descubrimiento me desagrada. Ya conoces nuestra fiera antipatía á todo lo que puede ser eclesiástico ó monacal; pero no había remedio. Ni allí había otro asilo ni yo tenía fuerza para poder buscarlo.

Entro, pues, sin que nadie me detenga, á través un pórtico, y lo primero que se presenta á mi vista, es un espacioso patio rodeado de largas y desiertos corredores. A pesar de la aversión con que veía todo lo que era claustro, la extrema agitación de mi alma me hizo sentir algún consuelo cuando vi la calma y profundo silencio que reinaba en aquel vasto espacio. Me pareció que mi corazón se penetró del sentimiento serio y melancólico que produce la inmovilidad de los sepulcros; pero comparando la tranquilidad y sosiego de aquel sitio con la turbación y agitación de mi espíritu, sentí mas el peso de mis propias angustias. ¡Allí me decía, ayer vivía en la grandeza y esplendor, ayer rebosaba de placeres y riquezas, y hoy á pesar de tantos medios y de las presunciones de mi orgullo, corro vagabundo buscando un asilo, y no encuentro otro que el de un claustro, cuando yo hubiera querido exterminarlos todos.

La fatiga me hizo sentar en uno de los bancos que había en aquellos corredores. Allí me sumergí en profundas reflexiones, que nadie interrumpía y que no podía discurrir ningún rumor. Allí hubiera querido trocar mis cosas magníficas y sus aposentos cuádreros de oro, por un rincón oculto de aquella mansión pacífica y tranquila; hubiera dado sus sales brillantes y santuosas en que tanto se anidan las inquietudes y las penas, por un rincón humilde en que hallase la paz con el reposo. Pero á pesar de estas ideas naturales, era tan fuerte el taldio de mi corazón contra todo lo que podía ser eclesiástico ó religioso, que me affligía de que al acaso, este era entonces mi lenguaje, me hubiera conducido á aquel convento. Habiera preferido la casa de un labrador, ó cualquiera abrigo de otra especie, y mi enojada rabia me engañaba tanto, que mi intención era descanzar un poco y salir á buscar otro asilo, sin sentir todavía la negra degradación de mi salud y fuerzas.

La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había conocido no solo el mas alto desprecio, sino tambien la aversión con una acritud contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana como todas las otras religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus ceremonias ridículas, sus ritos irriticos. Cuanto mas estaban constituidas en dignidad, me parecían mas despreciables, pues los imaginaba ministros del error y cómplices de la seducción.

No me podía figurar que personas en quienes por otra parte reconocia talentos, fuesen capaces de creer fábulas tan absurdas, y suponía que contribuían por interés á seducir los pueblos. Todo lo que ellos llamaban jurisdicción ó derecho, me parecia usurpacion y abuso de la credulidad simplicidad de los ignorantes. Nada deseaba tanto como verla atropellada y atada. Cada clérigo me parecia un bárbaro, cada fraile un monstruo, cada devoto un simple, cada creyente un ignorante, y el que mejor libraba en mi

opinión, era un buen hombre de corto talento, que no había sabido sacudir el yugo que le impusieron desde niño. Las comunidades monacales me parecían congregaciones perniciosas de ociosos, abaradas en política y fatales al Estado, y como un medio de que muchos con ridículos pretextos viviesen inútiles á costa del trabajo ajeno. Los votos religiosos eran para mí imprudentes y bárbaros, y todas sus costumbres viles y groseras.

Yo había leído con delectación y complacencia todo lo que la historia cuenta de sus desordenes y excesos, inseparables de la fragilidad humana, pero que la malignidad ha exagerado y que mi propia corrupción exageraba aun mas; y por excesos de pocos con mala lógica condenaba á todos, sin examinar como debía las austeridades, los martirios y las virtudes de tantos eclesiásticos dignos de la mayor veneración. ¡Pero qué caso podía hacer yo de virtudes que no estaban por tales, que creía bajeza y extravagancias, y que en mi concepto merecían mas la indignación que el aprecio! En fin, yo conocía y trataba pocos sacerdotes, ó ninguno, porque no podía verlos sin ira y sin furor; me trataba cuando por casualidad me encontraba con alguno, lo trataba con el desprecio mas ultrajante, y en la circunstancia me lo permitía, lo hacía objeto de mi burla y escarnio. Me divertía con él habiéndolo con ironía y mofa, lo procuraba ridiculizar, y mostraba en mis discursos y mi gesto la abierta opinión que tenía de su persona y de su estado.

Con estas presunciones ya puedes concebir que deseaba salir de aquel retiro y buscar otro que fuera menos repugnante á mis ideas; y entre tanto en el reposo á que me forzaba mi fatiga, mi alma daba entrada á diferentes reflexiones. Volví á compararme con los que habitaban aquel asengalo retiro, repensaba todas mis ventajas de nacimiento y de fortuna, me suponía mucho mas ilustrado que ellos, y con todo decía suspirando: Ellos están mas tranquilos que yo, ellos respiran sin las penas y ansias que yo sufro; y son infinitamente mas dichosos; sin duda que tienen menos luz, y que viven con falsas ilusiones; pero este mismo error que los engaña, esta misma falta de talento que los ciega, es el principio de su felicidad, pues consumen sus dias en estos años del reposo, lejos de los afanes y pasiones, y al fin cuando llegue la muerte habrán pasado mejor parte que yo, que con todos mis conocimientos vivo en tantas inquietudes y me encuentro expuesto á tan grandes peligros.

¡Ay, Manuel desdichado! Tú has soñado (continuaba una corta vida, en que como yo buscando siempre los placeres, no has encontrado como yo mas que tormentos y aflicciones. ¿De qué te han servido ni tu filosofía ni tus prendas! Tú parecías como una nave bien anclada que desafia á las tempestades y á las ondas, y con todo, has desaparecido de repente; una ola impropia te ha arrojado en la profundidad de los abismos. ¡Infeliz extranjero, víctima involuntaria de mi mano! yo he cortado en su primavera el hilo de tu vida, yo he regado á mi pesar con tu sangre la tierra que debe arrojarme de su seno. Ve aquí en pocos instantes dos plantas que parecían tan lozimas, arrancadas, marchitas y convertidas en cenizas. Ve aquí dos vidas que no han tenido entre sus placeres y su muerte mas intervalo que el de un suspiro. ¡Pobre Manuel! Tú corrías por servirme á nuevas inquietudes, y en un instante el destino te separa de mí para siempre. ¡Extranjero desgraciado, mi aliado, mi mal humor, mi ge-

nio violento y envileso te han hecho víctima de mi feroz arrogancia pero uno y otro tendrás el consuelo de que el suplicio sea el término de mis excesos, y si no me alcanza, quedará mas vengado, pues mis propios remordimientos me harán padecer tormentos mas crueles.

Cuando bebía el cáliz de estas amargas reflexiones, oigo el ruido de una campana, y al instante aquel profundo silencio y soledad se convierte en un movimiento vivo y continuado; á un tiempo se abren todas las puertas de los cuartos que rodean los claustros, y sus tranquilos habitantes salen presurosos, examinándose, como después supo, á la Iglesia. El corazón me dió un vuelco, y no pude dejar de decirme: Hombres ilustres, hombres pacíficos, á pesar de vuestras ignorancias y errores, ¿cuán superior es la paz de vuestro corazón á las angustias que padece el mío! Vosotros érais el objeto de mi desprecio y de mi ira; ahora la sola de mi envidia. Y en este mismo momento aquel espectáculo tan serio y tan sencillo me interesó mas que todas las pompas del mundo.

Uno de los que pasaban junto á mí, viendo allí un hombre desconocido, ó advirtiéndome quizás en mi semblante algunas señales de las agitaciones de mi espíritu, se me acercó, y con tono dulce y conmovido me pregunta qué es lo que deseo, y si puedo servirme en algo. Le respondo que la fatiga de un largo viaje me ha obligado á sentarme allí, y que no deseo mas que un poco de reposo. Me deja, se incorpora con los otros, y oigo que después de algunos minutos empiezan todos á cantar salmos y cánticos con unión y reverencia. El concierto acorde y majestuoso de tantas voces me sorprendió, y no dejé de causarme una impresión de respeto; pero arrastrado por el accidental de mis angustias, me dije: Hombres simples y crédulos, vos derramáis vuestras voces al viento, vos celebráis al que no puede oír. Si existiera el Dios que cantáis, él os exigiera sacrificios mas útiles; ¿de qué podían servirte vuestros cantos y alabanzas! ¡ah! si no hicierais mayor mal en el mundo, mereceríais mas compasión que cólera; pero mientras algunos de vosotros cantan, otros se ocupan en turbar al mundo, en seducirlo y dominarlo.

Aquellos eclesiásticos consumieron en aquellos oficios mucho tiempo; y yo me sentí mas agraviado con el peso de mis fatigas, de modo que cuando salieron para retirarse otra vez á sus estancias, yo estaba todavía absorto é inmóvil en el mismo puesto. El mismo eclesiástico que me habló la primera vez, se me volvió á acercar y con ademán mas dulce y expresivo me dijo: me parece, caballero, que algun cuidado grande, ó que alguna inquietud viva os tienen agitado: si vuestra pena es de naturaleza que la compasión, la caridad y el celo la pueden remediar, yo os ofrezco los consejos, los oficios y los esfuerzos de cuantos estamos congregados en esta casa: quizá Dios, que todo lo gobierna con su Providencia, os ha conducido á ella porque quiero su bondad hacereros la gracia de que podamos contribuir á vuestro alivio. Dejádme, padre, le dije yo con un tono muy rudo; yo no conozco ese Dios de que me habláis, yo no creo que exista; porque si existiese yo no viviría; y si le hay para vos no le hay para mí.

El bien eclesiástico se quedó sorprendido oyéndome un discurso tan insensato. Se persuadió sin duda que mi razón estaba chujada, y con todos los miramientos de una caridad atenta y delicada, me propuso que no estába-

mos bien en aquel claustro; me añadió, que él estaba encargado de cuidar de los forasteros que venían de cuando en cuando á hacer los ejercicios en aquella casa, que por consistente podía disponer de los aposentos destinados á este objeto; que si yo quería venir, podía ponerme en uno de ellos, donde estaría con toda libertad, y que después de haberme recordado podría hacer lo que quisiera.

Mi advertencia era difícil, porque al fin la irritación de mis nervios y tantas convulsiones violentas que había sufrido mi alma, me habían encendido en una fiebre que me devoraba. El se apercebí, y tomándose el pulso me dijo: Venid, señor, venid conmigo, pues aquí estáis mal, y en esta casa hallaréis todos los socorros del arte y de la caridad; y diciendo esto me tomo por el brazo, y con una dulce violencia me arrastra á uno de los aposentos que estaban cerca.

Yo estaba ya sin acción y sin fuerzas; me dejó conducir: me lleva á un lecho sencillo pero assado, y entonces no pudiendo sostenerme, me suelta en él como así fuera de mis sentidos. No hago memoria de lo que pasó por mí desde aquel momento; pero el padre me la dio después que á poco rato entró en un delirio frenético, que no hablaba mas que de muertes y sepulcros; que me veía con horror á mi mismo, que llamaba muchas veces á Mannel, que otras me enfurecía contra uno que llamaba extranjero y causa de todas mis desgracias; que el nombre de Teodoro era repetido por mis labios como si le hubiera compasion, y que algunas veces tambien invocaba á Marino.

Pero que mis discursos no eran seguidos, que las palabras eran interrumpidas y tumultuosas sin que nunca terminara la frase; que después de haber pasado mucho tiempo en estas agitaciones violentas, volví en un letargo profundo, sin dar la menor señal de movimiento; que al fin después de mas de veinticuatro horas de este estado de insensibilidad con todos los síntomas de muerte, la fuerza de mi temperatura me sacó, haciendo que la naturaleza se desahogase con un sudor rico y copioso, que me hizo volver á la salud y á la razón.

Lo único de que yo puedo hacer memoria es, de que habiendo vuelto en mí como á media noche, el primer objeto que se presentó á mi vista fué aquel mismo eclesiástico, que á la luz de una lámpara, puesto de rodillas delante de un crucifijo, exhalaba suspiros tiernos y doloridos con el semblante inundado en llanto. A pesar de la flojeza en que me hallaba todavía, este espectáculo tan nuevo y tan tierno, conmovió mucho mis entrañas. La primera idea que me vino fué la de que yo, que no había conocido jamás la virtud ni me había querido persuadir de su existencia, ahora la veía en su misma persona, que la veía por la primera vez en un eclesiástico que no me conocía y me trataba con tanta caridad.

En medio de mi debilidad y mis angustias, esta vista derramó una impresión de dulzura sobre mi alma, vertió un bálsamo saludable sobre mi corazón. Sentí como un consuelo de encontrarme engañado, de haber al fin hallado esta virtud que no creía, de ver que alumbra ya con los primeros rayos de su luz celestial las tinieblas de mi vida, y que me estaba ofreciendo todos sus tesoros. Mi emoción fué tan viva, que di un grito, y aquel santo varón, interrumpiendo su ejercicio, corrió lleno de júbilo á mi lecho. Yo quería explicarle una parte de las ideas tumultuosas

que me agitaban, sin poder articular ninguna y sin formar una frase arreglada: él me representó que después de un ataque tan fuerte, todo esfuerzo me sería dañoso, que el médico había prevenido que no se me permitiera hablar: me pidió que callase, y solo me recomendó el sosiego.

Parece que yo su alma empezaba á tomar ascendiente sobre la mía, pues no me atravesó á desobedecerle. Desde entonces empezó entre nosotros un comercio de señas con que me indicaba lo que debía hacer para restablecerme, sin permitir que le respondiera. No es posible, Teodoro, que yo te refiera el celo, la vigilancia, la afición y ternura que me servía este hombre incomparable, y bajo sus órdenes los enfermeros y dependientes; yo me admiraba de un ardor tan constante y de un interés tan amistoso por un desconocido.

Tres días de cuidado, de remedios, de un alimento simple y sano, bastaron para ponerme en disposición de tomar un partido. En todo este intermedio no me dijo una palabra que no tuviera por objeto mi salud; y cuando yo impedié de mi gratitud ó no pudiendo contener las inquietudes de mi situación, quería desahogar con él algunos de estos sentimientos, él los atajaba, diciéndome que aun no tenía fuerzas suficientes, y que era menester esperar á tenerlas.

Entre las reflexiones que me atormentaban, la que en mi espíritu tenía mas fuerza por entonces, era un sentimiento de tanta atenciones. Me parecía que yo no era digno de aquel hombre cuyo carácter y profesión había yo despreciado, y á quien en caso de frowdo hubiera abandonado con desprecio, ó cuando mas le hubiera hecho servir con desden. Por otra parte, la diferencia de nuestras opiniones, la poca conformidad de nuestra conducta, la idea de que si él conociera mi modo de pensar y mis acciones, que si supiera que yo acababa de dar la muerte á un infeliz, y todo lo demás de mi conducta, me miraría con horror en vez de tratarme con caridad tan amistosa; todo, en fin, me hacía parecer que yo le robaba sin poder su beneficencia y atenciones.

Una mañana, sintiendo ya mis fuerzas, y no pudiendo contener mas los impulsos de mi corazón, cuando se acercó á mi lecho para informarme del estado de mi salud, tomándome sus manos entre las mías y me las mirando con el llanto, le dije: Hombre angelical, ¿cuál será tu dolor y tu arreptamiento cuando conozcas el monstruo en quien derramas cuidados tan repetidos y afectuosos? No solo tus conmigo de una caridad fervorosa, sino que veo en tus acciones y en tus ojos interés, ternura y amistad. Yo te diera toda la mía si fuera digno de la que me ofrezco; pero tú me verás con horror el día que me conozcas; tú me

confundes y avergüenzas, porque empiezas á hacerme conocer mis injusticias. No; nosotros no hemos nacido el uno para el otro, ni podemos habitar juntos bajo del mismo techo.

Vos sois un ángel, yo un demonio: vos creéis en Dios, le amais y le servís; yo no creo que le haya; y esta idea me sostiene, porque si le hubiera, no pudiera ser mas que mi enemigo. Vos adoráis á Jesucristo, yo lo aborrezco; vos seguís su religion, yo la abomino: vos sabéis vuestra vida en la virtud y la inocencia; yo mas de cincuenta años que yo arrastro las cadenas de las pasiones mas vergonzosas: vos respiráis con un corazón tranquilo y sossegado, nada os turba, nada os inquieta, porque no teméis las desgracias, porque estais seguro de hallar en ellas el socorro de vuestras ilusiones; vuestros consuelos son falsos, son fingidos, por el fin son consuelos.

Yo con mayor luz, con conocimientos mas exactos de error, no puedo hallar mas que furros y desechos. Yo soy el mas infeliz de los hombres, y lo peor es que yo no puedo hallar en mi corazón remedio contra lo que sufro y lo que me amenaza. Yo quisiera ser ignorante y crédulo, yo enviado ahora vuestra simplicidad; pero todas mis ideas, todas mis costumbres, todas mis experiencias se resisten. Mi corrupción es inveterada y profunda, los vicios no me han dejado nada sano, han penetrado hasta la médula de mis huesos, y siento que todos están circuleando en mis venas con mi sangre.

Diciendo estas palabras, sin interrumpirme un instante, mis sollozos se precipitaban y extinguieron mi aliento. Cansado de aquel esfuerzo no sé como mi cabeza se repositó sobre el pecho de aquel ángel; pero ¡cuál fué la dulzura y consuelo que recibí cuando me apercebí de que sus manos puras me estrechaban contra su inocente y caritativo corazón, cuando sentí caer sobre mi frente lágrimas dulces y amorosas de sus tiernos ojos, y cuando vi que el dulce llanto del justo se confundía con el llanto amargo de un miserable! los dos quedamos largo tiempo inmóviles en esta postura. Y tú, Dios eterno, tú que das tan diferente impulso á nuestras almas, tú mirabas desde tu alto trono este abrazo en que te complacían las virtudes del santo y empezaban las esperanzas del infeliz; tú mirabas este espectáculo como como mas digno de la admiración de los ángeles y de los hombres que cuantos celebra la vanidad de las historias de los reyes; tú bendecías estas primicias del triunfo que preparaba tu misericordia contra la dureza y malicia de mi corazón.

Teodoro, las lágrimas me sofocaron; el recuerdo de esta tierra y patética escena me enterneció de nuevo y me derribo en llanto; necesito de algún descanso y reservo lo demás para la carta que seguirá á esta. Adios, amigo mío.

## CARTA III.

### EL FILÓSOFO A TEODORO.

Querido Teodoro: Antes que continúe la relacion que dejó pendiente, debo decirte que hasta entonces mi nuevo y oficioso amigo no se había presentado á mi espíritu, sino como hombre de buen juicio, de candor y de benevolencia,

pero simple y de carácter sencillo. No había visto en él nada que le pudiese recomendar particularmente; pero al instante que se separó de mis brazos, me pareció que su semblante se había revestido de una expresión mas anima-

da, y á pesar del tedio con que miraba á todos los de su especie, me inspiró una idea tan noble de su persona, que se acrecenta al respecto.

Mirándose con ojos en quienes brilla mucha alegría, extendió su mano sobre mí, y con voz llena de júbilo me dijo: El dolo de Dios está aquí. Después se sienta á mi lado y con tono blando me añadió: El que gobierna la naturaleza conduce los sucesos con medios invisibles; y pues os ha traído aquí, no será en vano. Al instante comprendí que el buen hombre se había figurado que yo era una de aquellas ovejas que ellos llaman perdidas, y que él era el pastor destinado á conducirme al rebaño. En efecto, empecé á decirme muchas cosas que no pudo repetirme porque las escuché sin atención y sin pensar mas que en el modo de desembarazarme de un hombre capaz de una pretension tan ridicula.

Sabia ya que los eclesiásticos y religiosos miran como una particular gloria el hacer conversiones, y no dudó que este buen varón quisiera honrarse con la mía. Entonces sentí mas mi desgracia de haber caído en aquella casa. Pero á pesar de esta prevención y del fastidio que me causaban sus discursos, no podía dejar de reirme admirando su simplicidad y el tono de confianza y persuasion con que me hablaba: me sorprendían también la elocuencia y la fidelidad con que me embalsamaba los argumentos que ellos tienen preparados para cuando se los presentan las ocasiones de su oficio; en fin, preví que el candido y modesto apóstol me mostraría mucho con su impertinencia.

Para cortar de raíz sus esperanzas, me determiné á hablarle con claridad y desengañarle prontamente. Me pareció que si me oía hablar con la instrucción y conocimientos con que era fácil explicarme, el buen hombre no sería tan incontento que persistiese en su ridiculo empeño, que concebirá al instante que yo no era de aquellos crédulos que se dejan alucinar con racionales frívolos que al contrario, el pobre loco se vería muy apreciado para desembarazarse de mis reflexiones; y no me pareció imposible que el convertidor fuese el convertido. Así, dejándolo hablar mientras yo hacía entre mí estos cálculos en un momento en que me hablaba de la religion y de la misericordia divina, le interrumpí y le dije: ¡Ah, padre! ¡qué bueno sería todo eso si fuera cierto! ¡pero qué lejos de la verdad están todos los hombres! Cada uno piensa haberla hallado y quizá todos se engañan. La mayor parte cree lo que se le ha enseñado en la niñez, y como después se les ha radicado esta opinion con los ejemplos, con las costumbres y con el trato de aquellos con quienes viven, poco á poco se forma cada cual una creencia que no es ya posible alterar, porque desde entonces ni se disputa ni se duda. Como por otra parte la sola duda es un delito que merece castigos eternos, ve aquí al hombre fingido y miserable enlazado con cadenas indisolubles.

La opinion que se formó en su infancia con la autoridad de sus mayores, se refuerza con el terror, que hace delincente hasta el examen; y esta es la razon porque tantos ingenuos tan ilustrados en otras cosas, muestran en la religion una incredulidad tan insensata. Ve aquí por qué hombres fuertes que han parecido y eran sabios en otras ciencias, en asuntos de creencia fueron siempre niños.

Qué mucho pues que pueblos enteros poco instruidos y menos propios para el examen de objetos tan oscuros y

complicados, vivan siempre en la creencia que encontraron! Para sucedir ilusiones nacidas en la infancia y sostenidas por el ejemplo común, es menester un espíritu de orden superior, un ingenio elevado, que junto con la extension de las luces la fuerza y el valor de un carácter generoso, es menester también que viva en un gobierno que no sea fanático; porque cuando la autoridad persigue la libertad de la razon, no hay quien quiera ser mirado ni exponer el reposo de su vida en sacrificio de la verdad.

Así, es necesaria la reunion de muchas circunstancias difíciles para que se forme un filósofo; y ve aquí por qué son tan raros. Pero los pocos que han venido al mundo, ¿cuántos bienes han hecho á la humanidad? Ahora es cuando su número se multiplica; y si como es de esperar, sus luces se propagan, ¿cuántos pueden hacer en adelante? Sacarán á los hombres de su eterna niñez, no se verán tantos ancianos con los terrores ridiculos de la infancia, gozarán si á temor de los presentes que les hace la naturaleza, gozarán de la vida sin amargura y con el espantoso aspecto de otra vida futura; en fin, vivirán con las reglas que la razon los inspira.

En cuando á mí, yo no he aprendido á creer; lo que mas he sabido es dudar, y es imposible persuadirme lo que repugna á mi corazón. Muchos dicen que no hay Dios; yo sé que en rigor no está demostrada esta verdad, y que hay varias razones filosóficas para dudar de su existencia; con todo eso me persuado que hay una causa primera que lo ha criado todo. Esta opinion me parece mas natural y mas conforme á mi razon porque no puedo imaginar que este grande universo que se presenta á mis ojos no haya sido hecho por alguno. No concebí obra sin obrero ni efecto sin causa; pero supuesta esta verdad que basta para explicar todo el mundo físico y moral, todo el reino de la naturaleza y de los espíritus, lo demás es inútil, y no puede tener otro origen que la imaginación y el artificio de los hombres.

Esta verdad basta también para hacerme conocer que pues me ha criado, debo adorarle, que debo vivir con las reglas que me inspira la razon que me ha dado, grabando en mi corazón amor á la virtud y aborrecimiento al vicio. De aquí puedo inferir que no muere todo cuando mi vida acaba, pues no puede darme estas nociones sino para darme idea de sus recompensas y castigos; pero cuáles sean estos, yo lo ignoro; pero sé que los soya algun día. Entre tanto lo que debo pensar es que siendo como no puede dudar de ser un Dios infinito y grande, será piadoso que habiendo hecho al hombre tan débil, me pudiese castigarle con rigor inflexible y eterno; en fin, que pues es soberanamente bueno, debe tratarme con bondad. Hasta aquí puedo llegar con mi razon, y mas allá no puede haber mas que ilusiones imaginarias. Todos los que dicen mas de lo que puede enseñarles esta luz natural, ó están engañados ó son impostores. Bien sé, padre, que no son estas vuestras opiniones; vuestro traje, vuestra conducta y vuestro estilo me lo manifiestan. Vos me habláis de un Dios elemento con algunos y eternamente severo con otros, y Dios jamás puede ser ni inexorable ni inflexible. Vos me habláis de su Hijo Jesucristo, y Dios no es de carne para que pueda tener hijos. Vos decís que este Jesús es un mediador, y Dios no necesita de mediadores para gobernar y perdonar á los hombres. Vos creéis misterios incomprensibles por-

que pensáis que Dios los ha revelado, y Dios no puede hablar para que ninguno lo comprenda. Vos creís cosas contradictorias, y el Autor de la verdad no se puede esconder entre las mentiras.

En fin, vos seguís el sistema que aprendisteis en la niñez y que siguen con vos todos los que viven en esta casa. No lo extraño. Las ideas primeras forman en el alma fuertes impresiones. Lo que es imposible borrar cuando las raíces son los ejemplos. Vos os creís dichoso porque sufriendo muchas austeridades esperáis una gloria interminable. Yo no me opongo; no pretendo quitaros una idea que os consuela; no os opongáis tampoco á que yo siga el impulso que me da el Autor de la naturaleza, y quedémos como estamos. Vos no seríais feliz con mis ideas, y yo sería muy desdichado con las vuestras.

Lo único que no puedo comprender, es que si existe ese Dios que adoráis, y si él gobierna vuestras acciones y palabras, ¿cómo es posible que os deje sumergido en esas opiniones tan supersticiosas, que degradan al hombre de su excelencia y dignidad, al mismo tiempo que os reparte un espíritu de caridad tan activo y generoso, que retrata con fidelidad al suyo? Si, respetable bienhechor, yo veo más á Dios en vuestras obras que en vuestros discursos. Si en estos veo escurecida la luz natural con que se dirige la razón, en vuestras acciones y beneficencia veo los sentimientos magnánimos y paternales con que me figuró á la Divinidad. Si me habeis consagrado la vida y me habeis tratado con todos los cuidados de una amistad antigua y merecida: pacéla la suerte presentarme la ocasión de mostraros mi gratitud; y pues me halló mejor, permitid que me disponga á partir mañana.

El venerable varón escuchó este discurso tan inusitado y ridículo, sin levantar los ojos del suelo y sin dar la menor señal de extrañeza ó impaciencia. Me pareció que antes de responderme levantó los ojos al cielo, y después, volviéndose á mí con rostro apacible y risueño, me dijo: La verdad, señor, no vive de los hombres; su luz viene del cielo. Dios la muestra ó la oculta según los designios de su adorable providencia. ¿Cuánto tiempo estubo oculta á muchos de aquellos que después la vieron con mayor claridad? ¿Cuántos no la han visto sino tarde? Su misericordia tiene señalados los momentos, y yo espero que no os ha conducido á esta casa sin designio.

Pero dadme licencia para que os haga una pregunta: ¿este sistema que acabáis de manifestarme y que me parece el mismo, hoy tan seguido por los nuevos filósofos, es una resultante de vuestra convicción y de vuestro estudio? ¿habeis examinado esta materia á fondo? ¿habeis pesado bien las razones y fundamentos en que apoyan los cristianos su creencia, y por haberlos juzgado fútiles ó mal probados, habeis venido al desismo y á la religión natural?

Esta pregunta no dejó de embarazarme; pero le respondí: A la verdad, yo no he hecho un examen serio y seguido de la religión, esto que se llama un estudio laborioso, continuo. En el mundo no es fácil dedicar el tiempo á tan ingrata ocupación, que por otra parte no me parece necesaria. Poca reflexión basta para conocer la flaqueza de lo que no tiene fundamento sólido: una tela de araña por sí misma manifiesta su débil estructura; pero si yo no he hecho este examen que os parece necesario, otros lo han hecho, y estos son los filósofos. Ellos han estudiado

la religión, han visto su flaqueza, y no nos la demuestran en sus libros; y para decir verdad, aunque yo no haya emprendido este estudio seriamente, no por eso he dejado de ser amante de la lectura.

Desde mi niñez no había habido libro de alguna reputación que no haya leído, sobre todo, los de los filósofos, en que renovaba mis impresiones y adquiría todos los días nuevos descargos. Os puedo asegurar que siempre he cultivado mi espíritu en todo lo que se llama instrucción, literaria y filosofía, y me parece que cuando se ha nacido con espíritu justo y se tienen á la mano los materiales que los filósofos han preparado, se está en estado de juzgar con rectitud. El padre me respondió sin alterar su voz:

Es difícil y peligroso en materias de esta importancia fiarse en las luces ó en la buena fe de otros. Pero después de todo, para proceder con imparcialidad, sería menester por lo menos leer también los libros que se escriben contra los filósofos y en defensa de la religión. ¿Habeis pues leído los que Bergier y otros muchos han escrito contra Voltaire, Rousseau y los demás filósofos de nuestros días?

Estos libros, le dije yo, no llegaban á nuestras techumbres escritas por hombres retráidos que no eran conocidos en el mundo, apenas salían del círculo estrecho de los doctos, y si por acaso llegaba á nosotros la noticia, se nos decía que era un libro pesado, lleno de disensiones y citas, que no estaba escrito con espíritu, gentileza ó gracia; en una palabra, que era muy docto, pero que no era divertido. Con esto no nos tomábamos el trabajo de leerle, y no me acuerdo de haber leído ninguno.

Pero, señor, me replicó el padre, para poder juzgar con imparcialidad, era indispensable leerlos. Yo los he leído muchas veces, y me acuerdo de haber visto que en ellos no solo se respondía victoriosamente á las más especiosas objeciones de los corifeos de la irreligión, sino que también se les convenía de malignidad, de falsedad y de mala fe. Está demostrado que Rousseau, uno de los más célebres, no tuvo ideas fijas y que á cada paso incurrió en contradicciones manifiestas. A Voltaire, el candillo de todo, se le ha probado la pasión encarnizada, el odio injusto con que por perseguir la religión abusando de la poca instrucción de la mayor parte de sus lectores, usa de los medios más indignos de un corazón honrado, pues alteraba los hechos, falsificaba los textos, fingía doctrinas para combatirlos, y menta hasta con la misma verdad; pues con su ingenio satírico y chocarrero le daba un falso colorido á la cubria con barniz ridiculo. Caballero, si una parte de esto fuera cierto, estos hombres hacen muy malas guita para dejarse conducir por ellos en asuntos de tan alta importancia.

Yo le respondí: Bien sé que dicen que son enemigos, ó los ilusos y supersticiosos; pero ¿quién puede imaginar que hombres de tan superior ingenio, los primeros de su siglo y la gloria y honor del espíritu humano, sean capaces de ignorancias y contradicciones que apenas pueden caber en los mas ordinarios? Así, yo he mirado siempre estas inventivas como calumnias de los doctos.

Pero era muy fácil desengañarse, dijo el padre, porque esto no consiste sino en hechos, y con poco trabajo, que se reduce á examinar. . . . ¿Qué necesidad, interrumpí yo, hay de este trabajo? ¿quién puede dudar que los citados y otros de su especie han sido los mas hábiles y sabios de

sus respectivos siglos? ¿cómo, pues, se les podía esconder lo que sabían esos escritores oscuros y cubiertos con el polvo de sus escuelas? ¿Podeis imaginar que esos defensores de la religión la conocían mejor que un Voltaire y que un Rousseau?

El padre me respondió modestamente: Yo creo que si puede ser que en todos los otros objetos fuesen en mucha inferioridad; pero en materias de religión las entendían mejor porque las estudiaban más. Sería muy extraño, volví á decirle, que esos erigidos y frailes, que no han aprendido en sus rivales escuelas más que á torcer la rectitud natural del juicio, espiesen mejor la doctrina cristiana y el ateísmo, que los mas desollados ingenios del universo. Yo dije estas palabras con tan viva emoción, que el padre lo advirtió; y añadiendo mas dulzura á su gesto y mas blandura á su voz, me dijo:

No niego, señor, que el cielo diese á esos hombres y á otros de su especie muchos talentos que los han hecho eminentes en la literatura y en las ciencias: sus obras lo acreditan; yo he leído muchas con placer y admiración; además, los he conocido personalmente, he tratado mucho con los mas de ellos, principalmente con Rousseau y Voltaire; pero tanto por la lectura de sus libros como por lo que he oído en sus discursos y en sus conversaciones, llegué á formar juicio de que (no sé si me atreva á decirlo) los puntos de religión eran los que trataban con menos instrucción y superioridad. No hay mas que leer sus argumentos contra la religión, y ellos mismos manifiestan á las claras que no la conocen.

No es esto extraño. Los hombres son limitados, no pueden saberlo todo, y es natural que sepan menos lo que desconfían más. Si me atreviera á declararos mi pensamiento, os diría, que cuando esos ingenios elevados hablaban ó escribían en asunto de su inteligencia tanto en prosa como en verso, encantaban, arrebataban, admiraban, y era preciso reconocerlos como prodigios de elocuencia, de talento y de gusto; pero que cuando se introducían á hablar de religión, el cristiano menos instruido los halla muy superficiales.

Yo hice un extraño é involuntario movimiento, sorprendido de ver tratar así á unos hombres que veneraba por los mas sobresalientes, y sentí un desquite interior, pero conteníame mi viveza con mi gratitud y con el respeto que me inspiraba aquel hombre, me contenté con decirle: ¿Pues qué, tanto tiene que saber el ateísmo que los mayores de los hombres no hayan podido aprenderle? Vos sois, padre, el primero que me halla dignos de enviarlos á la escuela. El padre, con su modesta dulzura, me respondió:

Yo he leído justicia á su mérito, pero también la debo á la verdad; y si vos tuvierais el tiempo y la paciencia necesaria, me sería muy fácil hacerlos ver que las mas de las objeciones, especialmente las que hace Voltaire cuando no son de mala fe, nacen de defecto de instrucción, y que si hubiera estado mejor instruido, hubiera tenido rubor de presentarlas. No podemos disimularnos el mal método con que por lo común se enseña la religión en la niñez, y que esta edad no puede comprender bien tan elevados objetos. Apenas se les hace aprender de memoria algunos documentos secos, y se les dice que los deben creer; pero al creer en edad no se les explican, como se debía, los motivos ó los fundamentos por qué deben creerlos.

En efecto, esto pide mas edad y mas reflexión, y debía

ser el primer estudio y el mas serio de los jóvenes desde que su razón está formada. Sin esta nueva y cuidadosa aplicación, ¿qué puede aprovechar la corta y estéril instrucción de su primer infancia? Así se ve, que muchos por haber tenido este cuidado, no sabían mas que por rutina las fórmulas del catecismo; pero jamás adquirían una idea justa ni del plan sublime de la religión ni de las elevadas miras con que su divino Autor ha encadenado sus verdades, ni aun la de los objetos morales que son el fruto de su práctica. Menos sabían las evidentes y multiplicadas pruebas, los irrefragables documentos con que su fundador divino ha demostrado su misión, hasta hacer inescusables á los incrédulos. ¿Qué es lo que resulta de esta corta empuñada casi general? Que muchos ó por menos atentos, ó por mas ocupados, se quedan siempre en una culpable ignorancia, que creen muchos de la religión cristiana como hubieran creído cualquiera otra, ó por mejor decir, que dicen que la creen, pero que no la entienden ni pueden dar razón de ella, y la tienen tan colgada en el aire, que basta el menor soplo para desvanecerla.

Que otros, subiendo mal, y no conociendo ni la totalidad de su conjunto, ni la elevación de su espíritu, no pueden verla mas que á medias, y tienen unas ideas inconexas, descoordinadas, su armoniosa y concertada incomodidad, que solo ven misterios incomprensibles á que la razón no se acomoda fácilmente, preceptos duros y penosos de que se resienta el corazón; y no sabiendo las pruebas que evidencian su necesidad, están muy expuestos por estas razones y sus malos hábitos á mudar fácilmente de creencia.

Por la historia y por sus experiencias han aprendido muchas ilusiones de la razón humana, y no conociendo las pruebas que distinguen á la religión, se figuran que esta puede ser una de tantas. A esta oscura posibilidad se añade la lisonja de disinguirse del vulgo, la de mostrar un valor de espíritu que los otros no tienen, una superioridad de luces á que pocos alcanzan, y si por su desgracia logran con este medio alguna celebridad, se perdidos todo, pues ya no se desea mas que aumentarla. Crece el atrevimiento, se multiplican las novedades, se insulta la religión con mas desdoro, y esta pasión degenera en frenesí. Ve aquí cómo he visto que se han formado los incrédulos mas famosos que he conocido.

Me pareció, Teodoro, que había alguna verdad en lo que decía el padre. No obstante, le replicó que era increíble que hombres sabios, que con tanto empeño atacaban una religión tan generalmente recibida, no la estudiaran bastante, cuando no fuera mas que para impugnarla con mas acierto; y que si esta religión podía presentarnos pruebas tan claras como decía, era natural que talentos tan distinguidos la hubieran reconocido.

¡Ah, caballero, me respondió, no conocéis la fuerza de un espíritu preocupado que emprendió un estudio con ánimo de no encontrar sino lo que desea! No hay duda, y yo me atrevo á asegurarlo con firmeza; no hay hombre de juicio medianamente recto, que si de buena fe y con ánimo sincero se pone á examinar la religión, no vea con tanta claridad como la luz del día, que trae su origen del cielo: se asombrará de ver el plan mas vasto, el mas hermoso, el mas digno de Dios, el mas conforme al espíritu y á las necesidades del hombre; y en fin el mas capaz de hacerle fe-

liz en la tierra y en el cielo; y verá que esto plan tan grande, tan magnífico y tan sublime, tan superior á todas las ideas de los hombres son capaces, es tan verdadero, tan evidente y demostrado, que bastan pocos días para que un talento mediano, si se aplica, pueda quedar convencido y se rinda como por fuerza á su evidencia, si no cierra de propósito los ojos para no ver la luz. Yo me atrevería á apostar...

Padre le interrumpí admirando su ilusión, no habléis tan firme; yo pudiera recomenaros un día con esta jactancia. Siempre estaré á vuestras órdenes, me respondió; y una persona del talento que es vos, y de la honra fe que os supongo, no tardaría en verificar mis esperanzas; pero no pueden hacerlo así los filósofos, en quienes la vanidad y el orgullo son los principios de su incredulidad, porque una vez que se han propuesto distinguir por la singularidad y arroyo de sus opiniones, ya no buscan la verdad, ni desean instruirse para formar un juicio, toda su aplicación se dirige á corroborar y perseguir el error que les ha producido su celebridad.

Así, no se les ve atacar de frente el plan y la contextura entera del cristianismo. Fuera de que la empresa no es tan fácil, esto sería muy serio, pediría trabajo, y hallarían pocos lectores. Si escriben, es para ser leídos y aplaudidos; saben que el mayor número de los que leen son superficiales, y que no leen más que para divertirse. ¿Qué hacen pues? buscan todo lo que puede facilitar la irrisión y la sátira. Se llenan de regocijo cuando encuentran cosas que tienen apariencia de contradicción, tratan de dar un ridículo barniz á lo que les parece puede recibirle, no se embarazan acerca del fondo, no se hacen cargo de las costumbres antiguas, les basta que no sean las nuestras y que puedan parecer extravagantes. O callan las causas que las hacen respetables, ó si es menester fingen otras; se alteran los textos, se exasperan los hechos, se calumnian las intenciones, no se respeta nada, se acomoda todo al designio, y con estos materiales se hace un libro.

Es verdad que este libro está lleno de falsedades y mentiras; pero qué importa! Está lleno de chistes, de ironías y de gracias; el lector se divierte, y no pide más. Tampoco el autor busca otra cosa; hace reír, vende su libro, adquiere fama de hombre superior, y está contento. Los defensores de la religión escriben contra él y reducen su libro á polvo; demuestran la inutilidad de sus sofismas, la falsedad de sus noticias, y hasta la mala fe de sus citas; pero esto tampoco les importa; ellos desprecian también á sus antagonistas. No los leen, y si los leen es con desprecio, porque saben que los leerán pocos; por eso, como si nadie los hubiera respondido, vuelven á reproducir por sí ó por sus amigos las mismas falsedades. Este combate jamás se termina, porque las gentes del mundo, que leen con tanto ardor sus ligeras producciones, no leen las respuestas, y por lo mismo no parece posible que se desengañen.

Aquí, señor, quisiera yo que hicierais conmigo una reflexión. Supuesto que hay un Dios, no nos puede quedar más que una duda: O Dios ha hablado á los hombres, ó no; ó Dios ha revelado una religión, ó no la ha revelado; ó nos deja errar á la ventura sin mas acorro que la ley natural, ó nos ha dado una ley positiva, prometiendo recompensa á quien la crea y la guarde y amenazando con castigos á quien la viole ó no la crea. Una de estas dos

proposiciones es necesariamente verdadera. ¿Y no os parece, señor, esta duda de bastante importancia, para que cuantos están en este mundo en la edad de la razón se apliquen con todo esmero y con todo el estudio de la vida á averiguar esta verdad?

¿Cuál otra puede ser la primera obligación de una alma que conociendo su propia existencia, confiesa que hay un Criador supremo á quien la debe? No puede ser otra que la de adorarlo y pagarle un tributo de adoración y amor. Y si se la dice que este Criador ha publicado una ley con amenazas y promesas, ¿pueden ser su mayor interés sino el de examinar si es verdad que esta ley ha sido publicada; si el que la publicó tenía misión divina; si ha probado esta misión por pruebas tan irresistibles y evidentes que puedan comprenderlas todos? Como por ejemplo, si ha hecho milagros tan ciertos y tan claros que ningún juicio sano pueda ponerlos en duda; en fin, si se ha valido de otros medios no menos persuasivos, y tales que después de haberlos visto y considerado por todos lados, no dejan puerta alguna á la incredulidad.

Vuelvo á decir que no puede haber mayor interés en esta vida, que el de examinar la verdad ó falsedad de esta ley; porque si es falsa, se sale de una vez de inquietud; pero si es verdadera, debe uno arreglar su conducta conforme á sus máximas.

Si hay en el mundo nociones simples y justas; lo son estas; si hay intereses importantes y grandes, ninguno puede ser comparable con este; si hay hombre sobre la tierra en este caso, nadie lo está mas que el cristiano, á quien se confirió el bautismo y desde la primera edad se le hizo saber la existencia de una ley y la venida de un Legislador divino. No puede dudar que en todos tiempos por obedecerla, muchos hombres han hecho grandes sacrificios; los unos se han retirado á los desiertos y han vivido con una austeridad que asombra á nuestra naturaleza, solo por no exponearse al riesgo de violarla; los otros han sacrificado su vida con los martirios mas horribles por confesarla y sostenerla. Ve también que en nuestros días hay muchas personas ilustradas y de gran talento, que después de mucho estudio y reflexiones, manifiestan y prueban su creencia por la severidad de su conducta, por una vida justa y religiosa, por la mortificación de sus pasiones, por abandono de las grandezas y placeres del mundo, por su desinterés, pobreza y otros sacrificios.

Cuando se les pregunta ¿por qué hacen una vida tan penosa y contraria á todos los estímulos de nuestra concupiscencia? Responden: que aunque les cuesta mucho trabajo y pasan grandes amarguras, lo hacen porque así lo enseña el Evangelio y porque el divino Salvador lo practicó asimismo después de haberlo enseñado; que este Salvador era el mismo Dios, y que ellos están convencidos de esta verdad por todos los medios que pueden persuadir á la razón humana. Añaden, que las pruebas de esto son tan evidentes, que es menester cerrar los ojos para no verlas, tapar los oídos para no escucharlas, y después de haber manifestado una convicción tan íntima y segura, concluyen diciendo: El que quiera escucharla, quedará tan persuadido como yo.

¿Cómo pues es posible que un hombre pueda saber y oír esta, y que en materia que tanto le interesa no quiera una vez en su vida detenerse el poco tiempo que es menas-

ter para descuñarse, escucharlos y ver al fin si son locos y están ilusos, ó si hay en lo que dicen alguna vislumbre de razón? Esto parece increíble, y con todo, es lo que sucede. Yo apelo á vos mismo. Vos estáis ya en edad avanzada; Dios os ha dotado de ingenio y de talentos; en cualquier otra materia parecéis bien instruido, y manifestais haber tenido muy buena educación; no os ha faltado ni el tiempo ni los medios de examinar este negocio tan importante, y con todo, vos mismo me decís que nunca os habeis aplicado seriamente al estudio de la religión.

Asimismo añadís, que no creéis nada porque juzgáis que todo es invención humana, que así tambien os lo han persuadido ciertos libros trabajados por grandes hombres, que se hallan conformes con vuestro modo de pensar. Y cuando se os dice que estos sabios son malos jueces, que otros no menos sabios y más instruidos en aquellas materias les han respondido, haciéndolo ver que han escrito con pasión y por captarse la gloria humana, cuando se os promete demostrar sus ignorancias, falsedades y mala fe, os contentáis con responderme que esto no es natural, y que vos no leéis semejantes libros porque no son divertidos.

Esta saeta era muy penetrante para que yo no la sintiera; no era posible desconocer la justicia de aquel baldío; pero procuré disimular su fuerza y le dije: Sin duda que hay en esto falta de reflexión, y que no es proceder con toda la exactitud del juicio; pero el mundo y sus ocupaciones nos arrastran, y no puedo dejar de confesarlo, porque es verdad, que ni yo ni ninguno de nuestros amigos los ha leído; y creo tambien que los que viven en el mundo los leen poco.

¿Cómo pues me dijo el padre, pueden juzgar la religión? Y ya que os dignáis de perdonar las osadías de mi celo, permitidme otra reflexión: decidme, señor, y llamad á vos toda vuestra cordura, ¿podréis concebir que se puede hacer un ultraje, un desacato, una injuria mayor á la Divinidad, que reconocerla, confesar que existe, oír que ha publicado una ley, que ha hecho conocer el culto con que manda que sus criaturas la adoren y obedezcan, y no querer ocuparse un rato ni tomarse el menor trabajo para averiguar si esto es verdad? El que se somete y obedece, aunque no sepa los motivos que le obligan, á lo menos cumple y está en el buen camino; pero no es una temeridad insensata tomar el partido de no creer sin saber por qué, y solo porque así lo persuaden las pasiones á la ligereza del espíritu? no se expone seriamente á faltar al respeto que se debe á la autoridad divina, y á todas las consecuencias que pueden resultar?

¿Puede haber tampoco mayor imprudencia que preferir vuestra convicción á las opiniones de pocos hombres, por la mayor parte disolutos y viciosos, á las de tantos hombres grandes de todos los siglos, los unos santos y los otros sabios, que atestiguan su persuasión con su sangre, ó la

aprobaron con los sacrificios mas penosos? ¿Y cómo puede verse sin horror que una religión que subyugó la filosofía del siglo de Augusto, que convenció á los Clementes, los Justinos y á los demás filósofos de aquel tiempo, que produjo los Agustinos, Crisóstomos y otros muchos varones, prodigios de virtud y ciencia, se vea hoy ligeramente despreciada por un jóven que ni siquiera se digna de aprenderla?

El Dios que este temerario reconoce y que la dió á los hombres para que los sirvan como quiere ser servido, y para que puedan ser felices, dánloles al mismo tiempo todos los medios para que se puedan convencer de su verdad, ¿no se ofenderá de su fría indiferencia, y mucho más de su inexcusable presunción? Ea cuanto á mí, señor, yo no concibo que se pueda hacer mayor desprecio de la grandeza de sus beneficios y de la soberanía de su majestad.

Así, en mi juicio, el que no se aplica seriamente á este estudio, falta á Dios y á su propio interés. Si la religión es falsa, podrá entregarse á sus pasiones sin el ansia, compaña inevitable de la duda; si es verdadera, logrará con ella su felicidad; y si á pesar de esta convicción la fuerza de sus pasiones le arrebató, la misma religión le enseñará á salir de su mal estado, y entre tanto vivirá con el consuelo y la esperanza de que un día se calmarán y podrá volver á su Dios y á las sendas de la virtud.

No puede ser buena disculpa decir: yo me imaginé que no era verdadero, porque no me acomodaba; ó yo me dejé persuadir por otros á quienes no acomodaba tampoco; porque, señor, es forzoso que si Dios es justo, que si nos ha enseñado una religión, y que para conocer su divinidad basta estudiarla un poco, no puede dejar de castigar al que no lo halla digna de tan corto trabajo.

Este discurso me turbó, porque sentí su fuerza y no encontraba nada que responderle; así, le dije: Vos me hacéis temblar, padre; porque no es posible disentensarse de la evidencia de vuestros raciocinios: confieso que jamás habia hecho estas reflexiones que me condenan tanto como á la mayor parte de las gentes del mundo, que tampoco las hacen; vos me hacéis conocer nuestro culpable olvido, y me espanta una osadía que sería increíble á no ser tan común.

¡Ah, señor! me respondió el padre, yo no me espanto; tanto el hombre es miserable! y quien consideró las muchas causas que hay para la diferencia de los unos y de la incredulidad de los otros, lejos de frístrate contra ellos, no los podrá mirar sino con lástima. Quisiera, padre, le dije yo, otros algunas de estas causas. Y él me respondió: Lo haré con mucho gusto; pero como hoy es el primer día de vuestra convalecencia y que todavía necesitáis de reposo, lo dejaremos para mañana y yo tambien lo dejo aquí, Teodoro, para continuar mi historia en la primera que te escriba. Adios por hoy, amigo mio.

